

JOSÉ LUIZ PASSOS

EL SONÁMBULO AMATEUR

Traducción: Teresa Arijón y Bárbara Belloc



Passos, José Luiz

El sonámbulo amateur. - 1a ed. - Ciudad Autónoma
de Buenos Aires : Edhasa, 2015.

268 p. ; 22,5x14 cm.

ISBN 978-987-628-389-2

1. Novela. I. Arijón, Teresa, trad. II. Belloc, Bárbara,
trad. III. Título

CDD B869.3



MINISTÉRIO DA CULTURA
Fundação BIBLIOTECA NACIONAL

Obra publicada con el apoyo del Ministerio de Cultura del Brasil, Fundación Biblioteca
Nacional / Obra publicada com o apoio do Ministério da Cultura do Brasil, Fundação
Biblioteca Nacional.

Título original: *O sonámbulo amador*

Diseño de tapa: Juan Balaguer y Cristina Cermeño

Primera edición en Argentina: noviembre de 2015

© José Luiz Passos, 2012. Por acuerdo con Literarische Agentur
Mertin Inh. Nicole Witt e.K., Frankfurt am Main, Germany

© De la traducción Teresa Arijón y Bárbara Belloc, 2015

© De la presente edición Edhasa, 2015

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 5032 7069
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN 978-987-628-389-2

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del
Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total
de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía
y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante
alquiler o préstamo público.

Impreso por El Ateneo Grupo Impresor S.A.

Impreso en Argentina

Para Beth, Ana Helena y Raquel

*Despierto fuera de mí
como hace tiempo no hacía.*

João Cabral de Melo Neto, “Auto do Frade”

Primer cuaderno

¿Qué nos lleva a intentar nuevamente?

UNA TELEFONISTA

Cuando para la lluvia, a veces apago el aire y me quedo mirando por la ventana abierta. Pierdo más de una hora observando el movimiento frente al edificio. Calle abajo los camiones siguen hasta el pesaje, y de vez en cuando pasa una cosechadora amarilla y larga dejando estelas de barro con las separadoras detrás de la pala o los discos suspendidos por brazos mecánicos. En el punto de la curva donde el río se alarga más, donde antes había dos alas de olivares rojos, hay ahora una chatarrería. Hace tiempo que no ando por ahí. Me impresionan los vagones dados vuelta, la vieja locomotora despanzurrada, y los tractores, antes tan coloridos, que van reventando poco a poco, cubiertos por una capa áspera de óxido marrón. Si alguien viera ese amontonamiento desde lejos podría pensar que es una brecha en el terreno, en ese trecho de barro más oscuro, o un montón de paja, escombros, e incluso bagazo para hacer salvado. En realidad son las máquinas abandonadas.

Como las oficinas de la tejeduría le dan la espalda al río, desde allí no se ven el puente ni el peñasco de la vieja, que es un lugar agradable para sentarse cuando quiero almorzar afuera. El edificio no es bonito como el de la policlínica, con su fachada de trece arcos en forma de largo cobertizo. Tampoco tiene la amplitud de los galpones de la algodonería, de veinte metros de altura, con gradas y pasarela de hierro alrededor de las máquinas de cardar, y bobinas de acero engarzando millones de agujas. Pero es el lugar donde se tomaron las decisiones más importantes de la empresa.

Es verdad que parece una pieza de dominó, parada en equilibrio, viuda, pero de base sólida, con una franja lateral de ladrillos huecos romboidales en el vano por donde pasan las escaleras y entra el polvo. Y de allá de lo alto salen cuatro desagües que encausan el agua, que cuando es mucha cae en cascada, viniendo de los costados del edificio. Porque en la época de lluvias la lluvia tiene olor, cae recta, golpea en el suelo, cava pozos y hace un ruido de orina bruta, porque la tierra es blanda y el edificio demasiado alto. Como los desagües son pocos, el techo acumula parte del agua y la arroja por las canaletas, lanzando al aire una ducha concentrada. De lejos, hasta casi llegar al centro, todavía se ve en el tope el antiguo nombre de la fábrica. Camino a casa, muchas veces me detengo y me doy vuelta y me quedo mirando las paredes descascaradas y el revestimiento de la marquesina todo agujereado. Y entonces pienso en lo que me decía Marco Moreno, en sus críticas al edificio que su propio abuelo mandó construir. Y en esas ocasiones me encorvo para encender un cigarrillo o desatar el cordón de un zapato, solo para volver a atarlo, con el pie apoyado en un muro o en cualquier otro lugar. Cuando recuerdo lo que era la tejeduría y veo lo que ha quedado de ella, siento un peso en el pecho, y para eso alcanza con mirar ese letrero de metal de tipografía grande, las letras cubiertas de verdín, hace mucho quemadas por el sol.

No sé dónde trabajan ustedes, o trabajaron, pero aquí la sirena toca a las 13.45 llamando a los empleados para que vuelvan del almuerzo. Llama a los que van al refectorio y a los que salen a comer afuera. Y no hay cómo evitar ese recordatorio, porque el llamado se oye desde el centro de la ciudad, y también suena a las 18, al final de la jornada.

Fiu, fiu, fiuuuuu, siempre dos silbidos cortos y uno largo.

La verdad es que soy pésimo para las imitaciones.

Lo que quiero decir es que en el intervalo del almuerzo generalmente me quedo solo en el cuarto piso. Hace tiempo que no salgo a comer afuera, y cuando salgo me gusta ir al bar de Neco, porque de vez en cuando sirven conejo.

Poco a poco los compañeros van volviendo y siempre alguien que otro me mira con expresión cómplice, como queriendo decir una picardía, y cuenta alguna cosa que ocurrió durante la refección. Piensan que muero de tedio encerrado en el escritorio o que, si no aparezco, es porque tengo algún problema con alguien. Pero lo cierto es que no. Me gusta quedarme arreglando las carpetas, escribiendo una carta, preparando algún documento que tengo que mandar más tarde o al día siguiente. A veces hago un llamado personal o atiendo a alguien que llama fuera de hora. También leo parte del diario o escucho en la radio mi programa preferido. De esta manera, gracias al arreglo que hice, si me salteo el almuerzo puedo salir más temprano. Aprovecho para volver todavía con luz.

Cuando voy a pie tardo cuarenta y cinco minutos en llegar de la tejeduría a casa. En bicicleta, yendo tranquilo, no demoro ni veinte. No es raro que pare a fumar un cigarrillo en el camino, o a hacer alguna compra, o que me quede mirando a la gente en la plaza discutiendo de política y de fútbol, o jugando al dominó, cosa que yo no hago porque no me gusta. Y así pasan los días, sin mucha novedad.

Sin embargo esta semana, la tarde que decidí ir a la capital a ocuparme del caso del muchacho quemado, le contesté a un empleado que estaba con otros dos frente a un mazo de naipes en un banco de la plaza.

Jurandar, ¿vas o no vas? Desististe, dijo.

Como andaba a pie, no pude ahorrarme el comentario. Eso no tiene por qué importarte, respondí mirándolo. No vas a ir en mi lugar. ¿O sí? Y el tipo se quedó sin respuesta.

Otro fulano, el que repartía las cartas, se rio tan alto, burlándose del curioso, pasándole un naipe por el pescuezo, que resolví sentarme. No soy afecto al juego, pero se necesitaban tres. Así me enteré de que la anécdota del almuerzo era que Minie había volcado medio frasco de ketchup en una servilleta de papel, doblado las puntas y tragado todo sin masticar. Con eso se ganó la botella de cerveza que habían apostado en su contra. No les presté atención a los que querían ver en eso más de lo que había, o sea, no tenían nada que hacer. Tampoco iba a discutir con Minie que, según parece, anduvo insinuando que antes yo había hecho lo mismo por media botella o incluso menos, que siempre fui más barato que ella.

Cuando supe que Minie se refería a mí como un individuo propenso a involucrarse en competencias burdas como esa, pensé lo siguiente. Que a pesar de haber pasado los últimos años juntos en la tejeduría, volviendo a casa a pie, yendo a comer afuera, lo cierto es que nos conocemos poco. La propia Minie, cuando llegó, poco después de que vendieran la tejeduría a los propietarios actuales, me dijo que yo era un héroe por querer quedarme, porque con la llegada de los nuevos dueños el trabajo iba a cambiar mucho y nadie sabía cómo sería. Recuerdo que en aquella ocasión terminé contándole algunos episodios de los inicios de la empresa, de las aventuras de mi amigo Marco Moreno. De su romance con una mujer casada, amiga de la familia. Relaté el hecho y en seguida me arrepentí, porque lo cierto es que en aquella época Minie y yo no éramos tan cercanos.

De short y tolera, con las piernas cruzadas, a veces se me queda mirando raro, sentada en la silla, y me dice cosas, como aquel día que sin ningún motivo me tiró un vaso de Coca en el regazo.

Estábamos en la sala y yo le contaba el accidente que habíamos tenido con Marco cuando los dos éramos chicos. Le iba relatando a Minie más o menos la misma historia de antes.

El cielo ya había clareado, o creo que había clareado. Mi amigo y yo estábamos callados, haciendo el camino de la calle hasta el puente. Cuando los olivos daban aceitunas, armábamos la trampa para cazar pajaritos en el sector más próximo a la orilla del agua, donde el río hace una curva al lado de la piedra grande que Marco llamaba peñasco de la vieja. Mucho después, en la época en que empecé a llevar una marmita al trabajo, comí varias veces sobre esa piedra, viendo el río pasar lento cerca de la vía de ferrocarril abandonada, porque ahora todo el transporte se hace en camión. En la época de lluvia eran más de veinte metros de una margen a otra, ahora no llegan a doce. En ese trecho la orilla era escarpada y estaba llena de juncos y ninfeáceas. Y el puente, que se mandó construir antes de que se instalara la algodonera, ya había sido levantado con espacio para dos carriles y baranda de madera. Hoy los adoquines quedaron bajo el asfalto y la reja de protección es de metal. En aquella época teníamos ganas de montar una rampa y saltar con el carrito de rulemanes de una orilla a otra del río, cosa que obviamente nunca hicimos.

Paseando por ahí ese día, nos quedamos mirando el río amarillento y caudaloso, la corriente arrastraba mechones de pasto y a veces un pedazo de madera, una bolsa de papel o una rama de árbol. Un poco enfadado con eso, mi amigo se levantó y caminó hasta la orilla. La calle sin vereda estaba llena de pozos, el terreno encharcado por causa de las lluvias. El lodo servía de espejo a las nubes que cruzaban en revolución lenta, que es más fácil de acompañar mirando dentro de los charcos.

Entonces Marco arrojó una piedra a los pájaros del otro lado del río. ¿Bajamos en el carrito, Jurandir? Hoy te toca maniobrar, dijo, y empezó a subir en dirección a la calzada de la prefectura, conmigo atrás.